

## Por amor

Desperté a las 4:00 a.m. El dolor me recorría lentamente en todo el cuerpo. El cuarto estaba vacío y a oscuras. A través de la ventana relucía un cielo estrellado, recorrí el cristal y llené mis pulmones de aire fresco. Eso era lo único que podía hacer cuando me internaban en el hospital, lo cual era casi siempre. Estaba solo y las enfermeras no me dejaban levantarme de la cama. El único lujo que podía darme era asomarme por la ventana que daba a un jardín pequeño detrás del hospital. En él había muchos arbustos con flores de diversos tipos y colores y en el centro se encontraba una fuente en la cual se bañaban los pajaritos en verano, y los árboles frutales hacían que flotara un dulce aroma en el aire. Me encantaba ese jardín.

Esa noche había luna llena, el ambiente era fresco y todo estaba en paz. Esa fue la primera vez que la vi.

Vestía la típica bata de hospital y andaba descalza; largos rizos dorados caían detrás de sus hombros recorriendo su espalda; su piel era muy pálida con marcas y moretones en los brazos de agujas y sueros. Caminaba con la vista hacia el cielo y los brazos extendidos, parecía como si estuviese bailando al ritmo de una melodía la cual solo ella era capaz de escuchar. Lo que más me cautivo fue su amplia sonrisa de dientes brillantes y perfectos y que parecía estar realmente feliz. Simplemente era hermosa.

Durante la siguiente semana, a las 4:00 a.m. ella salía a caminar por el jardín. En ocasiones se recostaba en el pasto o se sentaba debajo de un gran manzano tarareando canciones, con una voz muy dulce. Todas las noches la contemplaba, mis ojos se deleitaban cuando ella aparecía, el dolor en esos momentos me era insignificante y mis problemas ya no importaban: solo quería verla. Ella se convirtió en mi mejor medicina.

Pero después de ese tiempo, una noche simplemente no apareció. Ni la que siguió. Ya era el tercer día sin verla y empecé a extrañarla mucho.

—Martha, necesito que me hagas un favor—le dije a mi enfermera mientras me inyectaba la dosis del día.

— ¿Qué necesitas?—Martha era una señora mayor muy amable que había sido mi enfermera durante diez años.

—Tienes que averiguar quién es la chica que sale siempre al jardín en la madrugada.

— ¿Cómo?

—Sí, hay una muchacha que sale todas las noches al jardín. Sale por la puerta E del área de neurocirugía. Ve y pregunta por su habitación, averigua su nombre y estado de salud, todo lo que puedas saber de ella, por favor.

—No creo poder hacerlo, no es mi área. Y no me van a brindar información personal de un paciente, va contra las políticas de privacidad.

—Martha, me has cuidado desde que tengo nueve años. Jamás te he pedido algo, por favor, ¡te lo ruego! Tengo que saber quién es ella.

— ¿Por qué te interesa ella?

—Yo... no lo sé. Es algo complicado, desde que la vi siento que algo le pasa a mi corazón...creo que me estoy enamorando.

No me dijo nada y salió calladamente.

Pasaron tres días más. Finalmente, salió un viernes a la hora de siempre. Mi corazón empezó a latir tan rápido que me dio miedo que me fuera a dar un infarto. Era ella...pero...se veía mal. Parecía un saco de huesos, totalmente frágil como si se fuera a esfumar con el viento y su piel se veía amarillenta. Caminaba muy lentamente y lo peor de todo era que ya no sonreía.

Se sentó junto a la fuente y yo no le quitaba los ojos de encima. De pronto dejó salir un grito espantoso, ella cayó al suelo y empezó a convulsionarse. Sangre brotaba de su boca y su cuerpo se sacudía golpeándose contra el suelo. Inmediatamente llegaron unas enfermeras y el doctor, la pusieron en una camilla y se la llevaron. Esa noche no pude dormir.

—Se llama Clara. —Me dijo Martha a la mañana siguiente. Me emocioné tanto de saber su nombre que hasta olvidé los sucesos de la noche. Sufre de convulsiones, pero ya está mejorando. Es ciega.

Esto último me dejó perplejo.

—Sabes que me queda poco tiempo aquí, no hay nada que pueda hacer—Dije, con gran determinación—Pero hay una forma de que una parte de mí se quede con ella. Quiero donarle mis ojos. Me duele tener que dejarla, y no poder verla más. Pero le daré un último regalo, así podrá ver el hermoso jardín del hospital,

verá el cielo estrellado y la luna que se oculta entre las nubes...que vea las bellezas que compartí con ella, a través de mi ventana.